

De partidos a sectas

Robert Funk

Académico Facultad de
Gobierno U. de Chile



Un mitín en el Madison Square Garden con 20 mil asistentes. Afuera, 1.700 policías intentan separar a los manifestantes antifascistas de quienes están dentro de la arena. Las banderas gigantes de Estados Unidos sirven de telón de fondo para discursos racistas. Sus líderes no ocultan su admiración por los regímenes autoritarios en otras latitudes.

La película remite a febrero de 1939, cuando la Federación Alemana-Americana (Bund), organizó una manifestación en el mismo Garden para apoyar al gobierno nazi de Adolf Hitler. En la reunión de campaña de Trump el domingo pasado no hubo esvásticas, pero los paralelos son demasiado obvios.

En la versión actual, los oradores hicieron eco del mismo racismo: se burlaron de afroamericanos, judíos y puertorriqueños. El público aplaudía, tal como en 1939. Pero el mundo ha cambiado. Hoy esos grupos votan en grandes números, y en una elección reñida, uno creería que, en vez de atacarlos, un candidato y sus se-

cuaces estarían interesados en atraerlos. El partido republicano parece haber transitado desde un razonable cuestionamiento a la participación estadounidense en guerras extranjeras al aislamiento total, de una sana discusión sobre políticas de diversidad hacia un racismo abierto y peligroso.

Pero, ¿fue un error? Si hay algo que hemos aprendido es que lo que parece ser excesos de Donald Trump son calculados, y lo que parecen ser errores le suelen traer rédito político.

Trump sabe que la campaña —es decir el esfuerzo por convencer o ganar adherentes— está básicamente cerrada. La ciudadanía conoce bien a Trump, incluso los detalles de su vida íntima. El desafío en la semana que queda se trata de animar a la base; GOTV como dicen en EEUU: Get Out the Vote. Y el expresidente sabe que nada anima más a su base que la xenofobia. El temor —ya lo sabía Maquiavelo— es una forma eficiente de asegurar disciplina.

“El acto de campaña de Trump remite a una manifestación en 1939, en el mismo Garden, para apoyar al gobierno nazi de Adolf Hitler”.

El caso del Partido Republicano es extremo, pero ilustrativo de un fenómeno actual. Los partidos tradicionales eran vehículos para representar grandes bloques de intereses, transformarlos en votos y, posteriormente, gobernar. Es decir, ganar y ejercer el poder. Hoy, gracias a cambios en las estructuras sociales y de clase, la polarización y la influencia

de las redes sociales, los partidos actúan más como barras bravas de fútbol. Para los que pertenecen, ganar o perder da igual, y cambiar de bando sería casi impensable. Es cosa de ver el Colegio Electoral: hasta mediados del siglo XX no era raro que un presidente ganara una elección con 450 o 470 votos

electorales. En las últimas dos elecciones, el ganador ha sacado apenas 300.

Pero no necesitan más. Es más cómodo ganar con poco y no tener que convencer a los indecisos. Así, los partidos se convierten en sectas, y sus mitines en declaraciones de lealtad hacia su querido líder.